Irak: Esperando a Godot

F.J. Bing West

Nota: Las opiniones expresadas en este artículo son las del autor y no necesariamente reflejan las del Ejército de los EE.UU. ni las del Departamento de Defensa.

EN LA OBRA de Samuel Beckett titulada *Esperando a Godot*, los dos protagonistas, ambos vagabundos, esperan en vano a un tal Godot para que les ofrezca dirección a sus vidas. De igual manera, los mandos del Ejército y del Cuerpo de Infantería de Marina no pueden esperar a que se formulen políticas de conducción o claridad estratégica acerca de Irak ya que no van a aparecer.

La actual misión, supuestamente, es la de fundar un sistema estable y democrático en Irak. El Teniente General Raymond Odierno, no obstante, al asumir el cargo de Comandante del Cuerpo Multinacional en Irak, dijo que no sabía si asegurar la democracia al estilo Occidental continuaría siendo parte de la misión. Él le comentó a un periodista del *New York Times* "Fíjese que omití unas cuantas cosas tal como una democracia, como la percibimos en Estados Unidos".[1]

Los inmensos desafíos que enfrentan nuestras fuerzas terrestres exigen un liderazgo con un enfoque claro. Durante los años por venir, nuestras tropas permanecerán involucradas en Irak, ejecutando misiones ambiguas sin disfrutar del apoyo de la mayoría del cuerpo político norteamericano. Esta tensión entre la misión militar y los objetivos políticos afectará el desarrollo del campo de batalla, la credibilidad estratégica, el contraste social entre nuestra ciudadanía y el Ejército, así como los presupuestos. Ahora bien, analicemos cada uno de los cuatros desafíos.

F.J. Bing West es un ex Subsecretario de Defensa y veterano del Cuerpo de Infantería de Marina que sirvió en Vietnam. Actualmente es consultor para la Oficina del Secretario de Defensa, ha desplegado a Irak diez veces, integrándose a 24 batallones distintos. Es autor del libro The Village, *una crónica de 485 días de un Pelotón de Acción Combinada que perdieron 7 de sus 15 Marines;* The March Up *y* No True Glory: A Frontline Account of the Battle for Fallujah. *Aparece frecuentemente en* The News Hour *y actualmente está escribiendo acerca de la historia de la insurgencia iraquí. Está asímisimo preparando un artículo de gran importancia acerca de Irak para* The Atlantic Monthly.

Rendimiento y riesgo en el campo de batalla

No existe ningún precedente histórico que puede ser usado como punto de comparación con la actual situación. El Presidente George W. Bush ha dicho que no saldremos de Irak hasta que logremos la victoria, pero el Grupo de Estudio de Irak—diez distinguidos

norteamericanos—llegó a la conclusión de que Irak "empeora", mientras que el General Peter Pace, Jefe de Estado Mayor Conjunto, ha dicho, "No estamos ganando pero tampoco estamos perdiendo".[2] Nadie sabe cuándo culminará esta guerra—ni en que condiciones—o si lo hará en forma satisfactoria o insatisfactoria.

A medida que comenzamos el quinto año de guerra, la mayoría en el Congreso y en las encuestas de opinión pública desea el repliegue sustancial de nuestras fuerzas, mientras que se admite que la misión—de dejar un Irak estable, ordenado y democrático, bajo la protección de sus propias fuerzas—aún no ha sido lograda.

Al mismo tiempo, el Presidente, con los dos años que le quedan como Comandante-en-Jefe de las FF.AA., no ha alterado la misión, a pesar de una opinión generalizada que su propio partido político forzará un cambio de misión antes de la próxima elección presidencial.

Esta situación difiere mucho del caso de Vietnam, cuando el Presidente Richard M. Nixon asumió su cargo en 1969 con la promesa de una estrategia para el repliegue de las fuerzas norteamericanas. Nixon ganó fácilmente la reelección cuatro años después, en gran parte debido al hecho de que las fuerzas terrestres de EE.UU. ya no estaban luchando en Vietnam. En Irak, el otro aspecto de la política norteamericana—el anuncio público de la retirada de la mayoría de nuestras 140.000 tropas—todavía no ha ocurrido.

El General Pace también ha dicho que no se puede ganar la guerra en términos militares, y menos aún por EE.UU. en forma individual. A juzgar por nuestros resultados militares, las palabras del General Pace son acertadas. Las palabras "despejar, contener y fortalecer" han sido reemplazadas por "Controlar Bagdad, replegarse de las primeras líneas, incrementar el número de asesores y devolver el control operativo a los iraquíes". El plan parece ser que las fuerzas norteamericanas van a mantener un nivel de control sobre la violencia sectaria, especialmente en Bagdad; adiestrar a las fuerzas de seguridad iraquíes; y transferir el control del Ejército iraquí al Primer Ministro Nouri al-Maliki. El General de División William Caldwell, el portavoz militar en Irak, dijo; "Estimo que deberíamos ver la transferencia total de mando y control de todas las divisiones del Ejército iraquí a fines de la primavera, o a principios del verano."[3]

El Señor Maliki, sin embargo, no se ha comportado como un líder fuerte. Darle más control sobre las FF.AA. para levantar su nivel de confianza, corre el riesgo de poner todos los huevos en una canasta frágil. Debido a que este asunto durante meses ha sido la noticia de primera plana en los periódicos, incluyendo los memorándum explícitos que intencionalmente se han filtrado a la prensa desde la Casa Blanca, todo el mundo ya entiende que las unidades y asesores de los EE.UU. sólo realizan acciones de contención. Ganar la guerra ya no es una opción, mientras que es obvio el riesgo de alcanzar un fin trágico en cuanto la participación norteamericana en Irak.

De hecho, es asombroso el nivel de pesimismo que existe entre el grupo élite dedicado a la elaboración de políticas estadounidenses, el Congreso y la prensa. Habiendo ya visitado más de 15 unidades norteamericanas e iraquíes en septiembre y octubre, yo puedo calificar la situación de la siguiente forma; cinco en la escala de uno (desastre) a diez (éxito). En otras palabras, la certeza anecdótica es desconcertante, y no existen medidas objetivas nacionales para determinar qué será lo más probable, la estabilidad o la guerra civil.

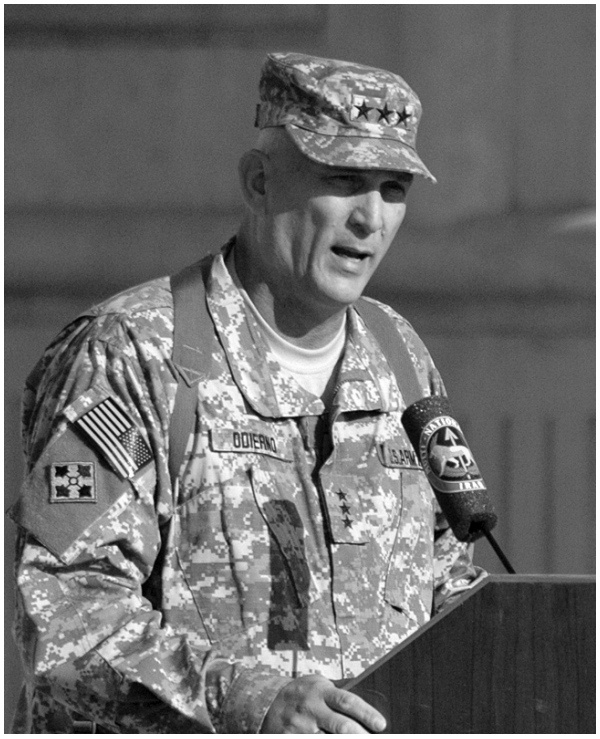
El desafío es inspirar un comportamiento profesional ante la incertidumbre estratégica y el pesimismo público. En Corea y Vietnam, las expectativas del rendimiento en el combate cambiaron cuando las guerras estaban terminando. En Corea, en 1953, cuidadosamente se planearon patrullas para minimizar la posibilidad de sufrir capturas o secuestros de nuestros soldados, y en 1970 en Vietnam, el patrullaje agresivo fue desaprobado mientras que las unidades se retiraban. No hemos alcanzado aún el punto de demarcación en Irak, pero éste se avecina rápidamente. Bajo este ambiente situacional acaso, ¿existen expectativas de que los soldados se comportarán con la misma agresividad y propensión de tomar riesgos calculados como lo hicieron al entrar en Bagdad en el año 2003?

En noviembre de 2006, *The New York Times* publicó un artículo en primera plana de su edición dominical acerca de un capitán, frustrado por la

inhabilidad de la policía iraquí, quien informó a la prensa que lo esencial en su trabajo era asegurar que los soldados regresen a sus hogares sin más pérdidas de vidas.[4] Esto causó una conmoción a través del Internet militar, provocando que incluso un famoso General del Cuerpo de Infantería de Marina, reconocido por su ferocidad en combate y palabras directas, escribió: "Aguántate".

En las mejores situaciones, determinar el equilibrio entre la agresividad táctica y el interés por el bienestar de sus soldados es difícil, pero, llega a ser un desafío aún más grande cuando cada soldado entiende que los líderes políticos de Irak son indecisos en enfrentar a los insurgentes suníes y asesinos chiítas, y que la elección norteamericana de congresistas ha producido un rechazo abrumador de la política del Presidente con respecto a Irak y su insistencia de permanecer en el mismo curso de acción allí.

Se han realizado cambios discretos de personal en Irak cuando el patrullaje no ha sido agresivo. Para evitar bajas y secuestros, nuestros generales han emitido restricciones tácticas globales, tales como siempre protegerse con treinta libras de equipamiento de protección corporal (chaleco antibalas y otros elementos) y nunca salir del campamento con menos de ocho soldados norteamericanos o cuatro vehículos *HUMMER* o *HMMWV*. En Irak, nuestra doctrina de contrainsurgencia—una técnica de clasificación preventiva—enfatiza las operaciones "no cinéticas", y nuestras reglas de enfrentamiento son tan estrictas como las que gobiernan la policía en los EE.UU. En teoría, el cuartel general comunica su intención, dejando la iniciativa y detalles de ejecución a sus unidades subordinadas y en realidad, el cuartel general dicta las medidas de protección de la fuerza e investiga continuamente. Se limita la toma de decisiones descentralizada para disminuir la probabilidad de sufrir bajas amigas.



Departamento de Defensa

El Teniente General Ray Odierno, el nuevo comandante del III Cuerpo de Ejército, en el Campamento Victory, *Irak, 14 de diciembre de 2006.*

Para el año 2007, tenemos planes de incrementar el número de asesores y proporcionar más experiencia de combate en las calles de Irak, en el punto de la batalla. En términos de la disparidad en el equipamiento de autoprotección y potencia de fuego, actualmente existe y seguirá existiendo una gran diferencia entre los asesores norteamericanos y sus contrapartes de las FF.AA. iraquíes. Esto lleva a la pregunta acerca de la misión de los asesores: ¿Cómo deben actuar los iraquíes, haciendo lo que hacen los asesores, o lo que dicen?

En diciembre, recibí un correo electrónico de un asesor que se encontraba en un puesto lejano, enviado allí poco después que un bombardero suicida había matado a uno de sus soldados. El asesor me escribió, "No deseamos quedarnos en este pueblo para siempre, pero mientras estemos aquí, estamos absolutamente convencidos que vamos a solucionar el problema. Existían demasiados agentes irritantes girando alrededor de los términos 'ganar y perder' y 'creencia en la causa'. El trabajo es sumamente difícil y serio; sin el total compromiso a tu unidad, junto una creencia férrea en algo más importante que uno mismo, sería fácil tomar atajos como ser quedarse en cama una o dos horas más durmiendo, o permanecer dentro de los confines de la alambrada… además, si esto ocurre, tus compañeros se darán cuenta inmediatamente de ello y te expulsarán del grupo. [Sir John] Keegan dijo que los soldados de la infantería trabajan sólo por el reconocimiento de sus compañeros. Estoy de acuerdo con eso."

Unos días después de recibir el correo electrónico, el servicio noticiero *Associated Press* publicó un artículo acerca de una unidad que se encontraba a una distancia de sólo diez millas del asesor antes mencionado, pero a mil actitudes de diferencia: "Hemos estado aquí durante 12 meses y no se ha progresado", dijo un soldado norteamericano. "Es como un niño que va tomado de la mano, ¿cuánto tiempo puede estar tomado la mano antes de hacer algo por sí solo? ¿Cuánto más tenemos que estar expuestos a los fuegos y dispositivos explosivos del enemigo? Yo no quiero vivir mi vida de esta manera."[5]

No debemos desviarnos en las interpretaciones opuestas de la misión y de las tácticas agresivas en contra de la protección de la fuerza, como lo hicimos a fines de la guerra de Vietnam. Necesitamos considerar cuan agresivos esperamos que nuestros batallones y equipos asesores sean durante los próximos años. El General George W. Casey, comandante de la Fuerza Multinacional en Irak, se reúne con cada comandante y plana mayor de batallón, sin duda alguna, el Teniente General Odierno hará lo mismo. Debe existir, a nivel general, una sola serie de estándares y expectativas acerca del tema de agresividad de nuestros batallones y equipos de asesoría. En el Campamento Faluya, existe un letrero que dice, "Bienvenido a la lucha." ¡Viva este comandante; éste debe ser el espíritu! La agresividad salva vidas.

La credibilidad estratégica

Sin importar cómo acabe la guerra en Irak; la prensa, la élite que formula las políticas y la mayoría de la población de los EE.UU. ya han concluido que ha sido un fracaso. Los hechos no cambian las percepciones, y el juicio en contra de Irak ha sido formado. En la próxima década se debatirá sin duda si los generales norteamericanos actuaron prudentemente en Irak, o si han sido tan culpables como los civiles que elaboraron las políticas. El General en retiro Jack Keane, un ex vicejefe del Estado Mayor del Ejército, declaró al *New York Times*, "Aquí existe una responsabilidad compartida, no se le puede echar la culpa solamente al liderazgo civil."[6]

La cuestión de quién se equivocó en Irak será más divisiva que lo ocurrido en Vietnam en un punto clave: las FF.AA. están internamente divididas. Después de Vietnam, las FF.AA. y los que sirvieron allí cerraron filas, con un 95% que sostenía que se sintieron orgullosos de su servicio y una abrumadora mayoría que pensaron que la causa era noble.

A diferencia de los sudvietnamitas, los iraquíes no han luchado valientemente, y muchos han expresado amargura en contra de EE.UU. En las áreas donde no hay mucha violencia—la mayoría de las provincias—existe poco deseo de sacrificarse por el país y ningún sentido de agradecimiento hacia EE.UU. por traer la libertad. El líder religioso de los chiítas en Irak, el Ayatolá Sistani, es altamente influyente en los asuntos políticos y se ha reunido con representantes de la ONU, pero rehúsa reunirse ni siquiera con un funcionario de EE.UU.

Debemos evaluar nuestro rendimiento militar con franqueza, y no imitar a los políticos que rehúsan reconocer los errores—nadie logra el éxito en la vida, en la guerra o en un partido de fútbol sin cometer una serie de errores.

En Irak, los ministerios no apoyan sus propias tropas. Los políticos débiles iraquíes, divididos por las lealtades sectarias y una sociedad traumatizada por décadas de tiranía sanguinaria, no han sido capaces de generar ni un nivel sostenido de competencia ni los cuadros de líderes. La consecuencia es que demasiados iraquíes consideran el cuidado de sus familias como prioridad máxima, luego la tribu, secta religiosa y por último la lealtad nacional.

No obstante, en Irak al-Qaeda es real, malvado, implacable y totalmente dedicado a asesinar. El colapso de Irak resultará en una guerra regional más amplia y desastrosa. Una derrota por parte de EE.UU. sería más que una humillación nacional; perjudicaría el comercio, nuestra economía, la mutua cortesía y la voluntad de otras naciones de aliarse con nosotros. Perder no es una opción.

Entonces, ¿cuál es la misión hoy en día? Adiestrar a las fuerzas de seguridad iraquíes para que puedan restaurar un nivel adecuado de estabilidad permanente. Ya sea que esta sea acompañada por una democracia de estilo Occidental o por un sistema militar que controle la situación desde un segundo plano, como fue el caso en Turquía y Corea del Sur hace algunas décadas, es algo que está aun por verse.

Algunos generales, altamente respetados como es el caso del Infante de Marina en retiro, el General Tony Zinni, han criticado en la prensa—la cual les ha proporcionado amplia difusión—la política que condujo a la guerra mientras que siguen en silencio acerca de la estrategia militar para luchar en esta guerra. Lamentablemente, los generales norteamericanos no se han destacado en estos cuatro años que llevan en la misión minimista actual de preparar a soldados iraquíes para asumir un trabajo que definimos inadecuadamente y no pudimos cumplir. En la Operación *Desert Storm* en 1991, nuestros generales disfrutaron de la adulación pública, aceptándola como si fuera algo merecido. No se halló rastros de modestia en los libros escritos posteriormente ni en las posevaluaciones y desfiles que siguieron la evicción rápida de las fuerzas iraquíes de Kuwait.

Después del 11-S, el Comando Central de los EE.UU. parecía encontrarse en rumbo hacia otra victoria gloriosa. Junto con el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, el General Tommy Franks recibió elogios por derrotar a los talibanes. Esto fue seguido por un avance impresionante a Bagdad en abril de 2003. El General Franks se retiró del Ejército y, a igual que los Generales Norman Schwarzkopf y Zinni, escribió una autobiografía de mayor venta en donde exponía claramente su sabiduría militar.

Eso fue el punto culminante de la adulación pública de los generales. El principio de dominación férrea en la política—y todos los generales, como los ejecutivos de mayor jerarquía, tienen habilidades políticas refinadas—consistentes en que los cortesanos alientan a los vencedores y evitan a los vencidos. A medida que Irak se desintegró a fines del año 2003, la prensa comenzó a distanciarse de aquellos generales que había ensalzado.

La prensa ha comenzado a considerar el rol de los generales en las decisiones claves. El General Franks estaba de acuerdo con la decisión de la Casa Blanca de violar el principio de la unidad de mando, concordando que fue apropiado relevar su vicejefe, el Teniente General (Retirado) de Ejército Jay Garner, como director de la Agencia de Reconstrucción y Apoyo Humanitario en Irak, y reemplazarlo con el Embajador Paul Bremer. Este cambio estableció una cadena de mando diferente, directamente al Presidente, y le dio a Bremer la autoridad de determinar la misión y el presupuesto del nuevo Ejército iraquí y de la fuerza policíaca. Esta resultó ser una decisión terrible. Franks era defensor de la unidad de mando y estaba de acuerdo con su abolición.

AFP

El General George W. Casey, hijo, segundo de la izquierda, Comandante de la Fuerza Multinacional-Irak, con soldados del 24º Regimiento de Infantería, en el norte de Irak, 27 de enero de 2005.

En julio de 2003, el General John Abizaid, que reemplazó a Franks en el cargo de comandante del Comando Central, declaró que había emergido la insurgencia en Irak, aunque permitió a la Fuerza de Tarea Combinada-7 (*CJTF-7*), el entonces comando militar de la coalición en Irak, continuar agitándose con las operaciones ofensivas unilaterales por un año y medio más. Esto ignoró la doctrina básica de contrainsurgencia. La *CJTF-7* y el Comando Central ordenaron a una Fuerza Expedicionaria del Cuerpo de Infantería de Marina (*MEF*) a atacar Faluya en abril de 2004, ignorando

las protestas del comando subordinado. Entonces el Comando Central ordenó a la *MEF* a poner fin al ataque cuando faltaban sólo dos días para cumplir la misión. La *MEF* cedió el control de la ciudad a un grupo de ex generales iraquíes, que perdieron el control a favor del Musab al-Zarqawi. En la decisión de transferir el poder a los generales iraquíes, la *MEF* consultó con el Comando Central, pero no coordinó con el Embajador Bremer ni con el Departamento de Estado, que categóricamente objetaron cuando fueron informados ya tarde de la transferencia de poder en Faluya. No hubo gloria en esas decisiones militares.

Departamento de Defensa

Un vehículo M1A1 Abrams *del Cuerpo de Infantería de Marina de EE.UU. dispara en un edificio para proporcionar contrafuego supresor en contra de insurgentes que a su vez habían disparado en contra de Marines, en Faluya, 10 de diciembre de 2004.*

En el año 2005, se presenciaron repetidas operaciones de rastreo ofensivas empujando a los insurgentes de una ciudad a otra. En la provincia de Anbar, siempre faltaron tropas para cumplir la misión. El Senador Joe Biden anunció que un general de mayor jerarquía en Anbar le dijo que se necesitaban más fuerzas norteamericanas, pero el Comando Central, la Junta de Jefes del Estado Mayor Conjunto y el comando en Irak sostenían que no necesitaban más tropas norteamericanas. Esta no es una manifestación del carácter ya que todos cometen errores. Los oficiales superiores se adhieren a un código de liderazgo y honor que debe ser emulado por los ejecutivos empresariales que han hecho una virtud de la avaricia.

Ha existido no obstante, una falla sistemática que todavía persiste. Debido a que en la guerra convencional, la meta es derrotar a la fuerza enemiga, esto coloca a la población civil en una posición abierta a la ocupación, como fue el caso en la II GM, y obliga al gobierno enemigo a aceptar los términos de rendición, como en la I GM. El progreso puede ser medido por el terreno capturado o por los ejércitos destruidos. En una insurgencia, estas medidas son confusas, y deben ser reemplazadas por otras.

En Irak, nuestras FF.AA. no ofrecieron una serie de medidas a la población norteamericana por lo tanto, la prensa formuló la suya: el grado de violencia cotidiana, especialmente el número de civiles muertos. Como respuesta, a medida que crecía la violencia las FF.AA. señalaron un número cada vez más creciente de fuerzas iraquíes "entrenadas". El resultado fue que una gran parte de los medios de comunicación, el Congreso y la comunidad política en el exterior llegó a dudar de la sabiduría y de la franqueza de los generales.

En el 2003, la guerra de maniobra fue brillantemente aplicada en la veloz marcha hacia Bagdad, pero cuando la guerra se transformó en una insurgencia, persistimos durante 18 meses empleando las tácticas inapropiadas de la guerra de maniobra. Esta fue la Fase I: La guerra de maniobra inadecuadamente aplicada en contra de los insurgentes.

Los seguidores de Saddam dirigieron la insurgencia sunita desde fines del año 2003 hasta el 2004. Los ex oficiales del Ejército iraquí

poseían las habilidades y se aprovechaban de una multitud de jóvenes descontentos galvanizados por las declaraciones sediciosas de los clérigos sunitas que lograron el poder en ausencia del gobierno local. Los invasores norteamericanos eran el objetivo. Simultáneamente, al-Qaeda en Irak (AQI) seleccionó a los símbolos y liderazgo chiítas como su objetivo principal.

En el año 2005, AQI marginó a los Saddamistas y emergió como la cabecilla entre las distintas células insurgentes. Bajo el liderazgo del General Casey, los batallones pertenecientes a las armas de combate de las tropas estadounidenses cambiaron sus operaciones a las de contrainsurgencia, con miras a ganar la lealtad de la población sunita así como protegerla. En la práctica, esto significó menos búsquedas o redadas torpes así como más atención prestada al diálogo y obras cívicas. El Manual de Campaña elaborado para el tema de contrainsurgencia publicado en diciembre del 2006 codificó los cambios que habían sido implementados al comenzar el año 2005. Cada batallón de los EE.UU. en Irak practicaba la contrainsurgencia. Esta fue la Fase II: contrainsurgencia versus los insurgentes.

Nunca, sin embargo se resolvieron las contradicciones subyacentes. La gran mayoría de los sunitas quería que los norteamericanos salieran del país, sin embargo, esta mayoría no quería que AQI tomara el control para establecer un régimen al estilo talibán, pero sí estimaba legítimo que los insurgentes mataran norteamericanos. Estos últimos eran vistos como los invasores infieles que habían despojado a los sunitas del poder para entregarlo a los chiítas que habían sido durante siglos oprimidos. AQI y las células "moderadas" que habían llamado "la resistencia honorable" estaban de acuerdo que era necesario expulsar a los norteamericanos. Los sunitas no aceptaron que merecían perder su dominio del poder, o que esta pérdida fuera permanente. Por más de 18 meses, funcionarios norteamericanos habían estado reuniéndose con por lo menos siete grupos insurgentes, que habían manifestado el deseo de formular términos más razonables, pero éstos rehusaron cada oferta. Esta irracionalidad inflexible prolongó la violencia anti-norteamericana.

Estados Unidos no logró el éxito en la Fase II. En noviembre del 2006, el General Abizaid declaró que la provincia de Anbar, "no estaba bajo control".[7] En ese entonces, el dictamen de contrainsurgencia de los EE.UU. de "despejar, sostener y fortalecer" nos había sorprendido. Con la destrucción de la mezquita en Samarra en febrero del 2006, la guerra ha cambiado a Fase III—la violencia sectaria que exige las técnicas policíacas para identificar, arrestar y encarcelar.

Los escuadrones de la muerte chiítas respondían cada vez con más ferocidad como represalia por los crueles bombardeos suicidas perpetrados por los sunitas. Frente al proceso de purificación étnica, el exterminio en masa y caos en Bagdad, rápidamente se desplegaron las tropas norteamericanas en la capital. El Primer Ministro Maliki, no obstante, declaró que la entrada en la Ciudad Sadr, el refugio de los escuadrones de la muerte, estaba prohibida a las unidades norteamericanas. Este acto forzó a las fuerzas norteamericanas a tomar una postura táctica defensiva, limitándose a patrullar y a realizar redadas precisas que, en realidad eran insuficientes para poner fin a la violencia. Cada día, la prensa de los EE.UU. en Bagdad informaba que había encontrado decenas de cuerpos atados, torturados y ejecutados. La frustración de la población norteamericana se manifestó en pérdidas significativas para el partido republicano en las elecciones llevadas a cabo a mediados del mandato presidencial, seguidas por la destitución del Secretario de Defensa y la publicación del informe del Grupo de Estudio de Irak. El Grupo recomendó un aumento sustancial de asesores, la retirada en el año 2007 de las unidades de combate, de acuerdo con las condiciones y el apoyo al Gobierno iraquí dependiendo de su capacidad de alcanzar hitos en cuanto al rendimiento. El Presidente Bush luego declaró adoptaría una nueva estrategia. "La población norteamericana espera que formulemos una nueva estrategia para lograr la meta de que yo he estado hablando", manifestó el Presidente.[8] Cualquier estrategia integral tiene componentes políticos así como militares. La prensa y la Casa Blanca—una extraño dúo—no han echado el peso de la responsabilidad al resto del Gobierno por su participación en la guerra. El sistema legal no funciona, la tasa de desempleo es altísima y Maliki y los chiítas tienen que reconciliarse con los sunitas para disminuir substancialmente la violencia. Estas son misiones políticas y económicas. El Departamento de

Departamento de Defensa

El General David Petraeus,Comandante de la Fuerza Multinacional en Irak y el Secretario de Defensa de EE.UU. Robert. M.Gates en un helicóptero UH-60 Black Hawk intercambian información en rumbo a Faluya,Irak, 19 de abril de 2007.

Estado, la Agencia de Desarrollo Internacional, el Departamento de Justicia y las otras agencias del gobierno de los EE.UU. no vinieron con una fuerza de trabajo adecuada y profesional. En el año 2007, la Casa Blanca debe cambiar esta situación.

Para cambiar la estrategia militar de los EE.UU, en el próximo año, se trasladará la mayoría de la zona de combate al Ejército iraquí, retirando las unidades de combate para emplearlas como fuerzas de reacción rápida o de incursión para operar en contra de al-Qaeda en Irak y los escuadrones de muerte. Las unidades norteamericanas no van a ocupar ciudades sunitas para lograr su apoyo de la población o protegerla de los insurgentes que operaban abiertamente en medio de la misma. La contrainsurgencia ya no es el punto central y la tarea principal es ahora el entrenamiento de las fuerzas de seguridad iraquíes.

Los norteamericanos enfrentan tres tareas: 1) reducir el nivel de violencia en Bagdad a medida que logran el control de las fuerzas policíacas; 2) asociarse con el Ejército iraquí en el Triángulo sunita, llegar a un acuerdo con las tribus, establecer y fortalecer a la policía; y 3) dar prioridad al esfuerzo de asesoría, incrementando el número de 3.500 a 15.000. Los asesores deben tener un consejo conjunto EE.UU.-iraquí para nombrar los mandos claves iraquíes y controlar la malversación de fondos**.** Si falta esta influencia, nuestros asesores arriesgan sus vidas, pero no pueden afectar el elemento crucial del liderazgo iraquí. Debemos adaptar nuestras tácticas a las nuevas tareas ya que nuestras fuerzas no agotan al enemigo en los enfrentamientos armados y el enemigo ha aprendido a no entablar combate con los norteamericanos. Recientemente, me reuní con algunas escuadras de soldados de infantería que estaban terminando su segundo despliegue. De los 40 fusileros, unos 6 o 7 estaban casi seguros que le habían pegado un tiro a un insurgente. La referencia común para combatir con los insurgentes era la de "es como luchar contra fantasmas". La potencia de fuego no sirve porque no puede ser aplicada.

Aproximadamente 20% del esfuerzo de una brigada de combate es dedicado a las incursiones, principalmente nocturnas. Estas

Departamento de Defensa

El General John Abizaid, Comandante del Comando Central de los EE.UU., contesta preguntas ante el Comité de Asignaciones del Senado, 9 de marzo de 2006.

producen la mayoría de resultados en términos de detenidos destinando el restante 80% de sus esfuerzos a la autoprotección, patrullas y más patrullas—principalmente junto con las unidades iraquíes. Aunque la iniciativa de hacer contacto yace con el enemigo, manejamos o caminamos, y el adversario escoge el momento y método de ataque. Las patrullas sólo mantienen a raya la violencia, pero no cambian las actitudes o el equilibrio de la guerra, ellas ganan tiempo. Esta no es estrategia; es una acción de retención.

La retención, ¿para cuál acción, y por parte de quién? Como parte de su campaña sectaria por cuatro años, el enemigo ha empleado las mismas tácticas de asesinato en masa por medio del suicidio e intimidación. Se deben identificar, detener y encarcelar para siempre a los asesinos acérrimos. La guerra ha pasado por la fase de contrainsurgencia a la fase policíaca.

El primer imprescindible táctico es el de identificar a los insurgentes que se esconden en medio de la población civil. Tras cuatro años de guerra, no tenemos ningún medio fiable para identificar a los insurgentes en Bagdad ni en el Triángulo sunita. Aquí en los EE.UU., nuestra Patrulla Fronteriza lleva Asistentes Digitales Personal portátiles (*PDA* como el Blackberry) que pueden registrar la impresión del pulgar de un peatón o conductor, enviarla por medio de radio, y en menos de dos minutos tener los antecedentes legales y datos personales de un individuo en la pantalla, y si no existen datos como los mencionados, se entra la impresión en la base de datos. El procedimiento es simple, rápido y tiene un número aceptable de identificaciones exitosas. Cada día, nosotros y los iraquíes realizamos miles de patrullas e inspeccionamos decenas de miles de automóviles. Si se equiparan nuestras fuerzas en Irak con los *PDA*, todos los hombres de edad militar en Bagdad y el Triángulo sunita serían registrados en el sistema en menos de seis meses.

En Irak, nuestro complejo militar-industrial ha exitosamente sofocado cada esfuerzo de introducir cualquier tipo de sistema simple para tomar las huellas digitales. La comunidad de inteligencia, no reconocida por su patrullaje, insiste en un sistema elaborado y difícil llamado *BATS*—Sistema Automatizado de Herramientas Biométricas. Cada vez que no funciona el sistema *BATS*, invertimos una gran cantidad de dinero para reactivarlo. Se han realizado mejoras, pero el sistema está reservado sólo para norteamericanos y se emplean en computadoras que manejan datos confidenciales. A nivel de batallón, incluyendo todos los batallones iraquíes y estaciones policíacas se opera entonces, sin la herramienta más básica para el control de la población—la identificación.

La policía iraquí no detiene a casi nadie. Uno de cada 318 norteamericanos es encarcelado por crímenes violentos; uno de cada 869 iraquíes es encarcelado por cometer un crimen o por ser insurgente. EE.UU. mantiene a otros 14.000 detenidos en Irak, agregando a los mismos, un Iraquí por cada 719 que ya están en la cárcel—dos a tres veces menos de los que están en EE.UU. Las posibilidades, sin embargo, de que un civil sea asesinado en Irak son 21 veces mayores que en EE.UU., y 43 veces más si sirven en las fuerzas de seguridad de Irak.

Irak detiene a menos prisioneros que los que dejó salir Saddam a fines del año 2002, cuando abrió las cárceles y liberó a decenas de miles de criminales que la sociedad había encarcelado por

décadas. Actualmente, ocho de diez detenidos se pasean libremente recibiendo US$ 6 como recompensa por esta molestia.

En el año 1969, Vietnam del Sur tenía 40.000 guerrilleros detenidos en la isla Kho Tang y otras cárceles. Ajustando por cuestiones de diferencias entre poblaciones, para igualar este número, Irak debería tener a 60.000 en la cárcel, por lo menos, en lugar de los 14.000 que tiene en realidad. La razón que no afectamos al enemigo es porque lo dejamos ir. El programa de "detención y excarcelación" frustra a los soldados norteamericanos e iraquíes; el absurdo "imperio de la ley" apoya e incita a los insurgentes y escuadrones de la muerte. Esta guerra se alargará innecesariamente puesto que nuestros comandantes superiores, militares y civiles, no entienden que el esfuerzo de la guerra se socava sistemáticamente al no detener y encarcelar a los insurgentes e integrantes de los escuadrones de la muerte por el resto del conflicto. El mayor defecto—y puede ser letal—en el esfuerzo de restaurar la estabilidad es la negativa de los sistemas iraquíes y norteamericanos a encarcelar criminales, insurgentes e integrantes de los escuadrones de la muerte. No es prudente desplegar más tropas norteamericanas en Bagdad y dejar en libertad a los escuadrones de la muerte. Si uno mismo no puede identificar a los insurgentes, y a la vez se encuentra en una postura tácticamente defensiva en espera de poder dispararles y más aún no se los puede encarcelar cuando se los detiene, entonces uno no va a prevalecer. Eso es una realidad militar y no una económica ni política.

Entonces, ¿cómo podemos prevalecer? No lo hacemos. Nuestras tropas mantienen el nivel de violencia hasta que el liderazgo chiíta llegue a un acuerdo con los sunitas, que a su vez esencialmente ponga fin al apoyo que le prestan a los insurgentes o maten a los integrantes de al-Qaeda en Irak. En otras palabras, nuestra estrategia es esperar hasta que otro implemente una estrategia.

Los EE.UU. no controlan a los actores principales en Irak. Somos como comerciantes poderosos en un mercado volátil que enfrentan modelos alternativos de comercio. El General Abizaid y el Presidente Bush han duplicado su apuesta por Maliki., quien hasta ahora ha sido débil, y al desplegar más tropas y cederle más control sobre las fuerzas iraquíes, apuestan que él mejorará.

El Grupo de Estudio de Irak expresó a la opinión contraria recomendando orientar los bienes de los EE.UU. al rendimiento del mercado, agregando más si el mercado alcanza los precios de referencia. Si no produce buen rendimiento, se reduce el nivel de los bienes.

Entonces, ¿a dónde vamos? Vamos por dos caminos: uno es el desarrollo, bajo la dirección de asesores norteamericanos, de las fuerzas de seguridad iraquíes; el otro es el establecimiento de un gobierno iraquí responsable. El General Abizaid aseguró al Congreso que Maliki tomará acción en contra de las milicias chiítas y surgirá como un verdadero líder en febrero, marzo o abril del 2007. Puede ser que Maliki se encuentre en el umbral de una epifanía que alterará su carácter, pero si no puede tomar acción contra las milicias o efectuar la reconciliación, Presidente Bush enfrentará la opción de quedarse con la democracia fracasada que crearon los EE.UU., o tolerar una demostración de fuerza producida por la insatisfacción de las FF.AA. iraquíes que podría ocurrir entre bastidores.

Hace cuatro años, no existía al-Qaeda en Irak, ahora sí existe y es altamente peligrosa. Debido a nuestra irresponsabilidad, Al-Zarqawi tomó el control de Faluya en el verano del 2004, y fue necesaria entablar una sangrienta batalla para expulsarlo. No se debe permitir que su sucesor establezca un refugio similar en otra ciudad e imponga un régimen al estilo talibán. No sólo debemos estar preparados para dejar que Maliki fracase sino además no debemos fracasar con él. Adiestremos a las tropas iraquíes para que sean el cimiento que mantenga un Irak en un estado sólido en lugar de los soldados norteamericanos. Debemos a su vez equilibrar nuestras apuestas y dejar abierta la posibilidad de un modelo de gobierno como el de Corea del Sur o Turquía en los años 60 o 70—ambas, habiendo sido democracias emergentes con débiles asambleas nacionales y ejércitos fuertes, aseguraron el orden que prevaleció

Más allá de Irak, un resultado a largo plazo de esta confusa guerra es evidente: los comandantes de tropas han perdido su poder. Durante más de una década después de la promulgación del Acta Goldwater-Nichols, los comandantes de los teatros tenían el título de "Comandante en Jefe" o *CINC*, y tenían autoridad independiente

Departamento de Defensa

"Elogios para la valentía": El General Peter Pace otorga la Medalla de Oro de Conmemoración al hijo del Sargento de Primera Clase Paul Smith, Ejército de los EE.UU., en la ceremonia denominada "Un Tiempo de Conmemoración" en Washington, DC, 21 de mayo de 2006. Smith murió en Bagdad, Irak, y póstumamente recibió la Medalla de Honor.

de los Jefes de Estado Mayor Conjunto y de Washington. El General Franks, por ejemplo, disfrutó llamando a los Jefes de Estado Mayor Conjunto "guerreros burocráticos" y ha relatado como éstos respondieron después de su avance aparentemente victorioso sobre Bagdad en abril de 2003, cuando se sacaron sus guerreras para revelar camisetas de color morado [significando una organización conjunta].

Este acto de humildad y homenaje marcó la cumbre del poder burocrático de los comandantes de teatro. En el próximo conflicto, los Jefes de Estado Mayor Conjunto no cederán ninguna forma de atención a las decisiones estratégicas de cualquier comandante independiente. La prensa no lo hará como tampoco el Congreso ni la población.

El contrato social

El cuerpo político también tiene sus problemas. Dada la victoria en la Operación *Desert Storm* en 1991, y luego la marcha a Bagdad en el año 2003, la prensa esperaba una victoria rápida y a nadie se le ocurrió pensar de otra forma. Desde el año 2003, los medios de comunicación predominantes han publicado continuamente artículos en primera plana acerca de la sangre derramada y el caos en Irak. No es la escala de violencia que afecta la actitud pública: murieron 58.000 soldados norteamericanos en Vietnam, comparados con aproximadamente 3.000 muertos hasta hoy en Irak. En su lugar, las encuestas sugieren que se el estado de ánimo de la población se agota debido a los años de esfuerzo sin evidenciar un progreso.

Cómo culminará la situación en Irak es un problema. Ningún soldado o policía iraquí se atreve ir a su casa vestido en uniforme. Ningún gobierno tiene control cuando sus fuerzas de seguridad ocultan su identidad.

Si la historia sirve como guía, aun las más radicales mejoras en Irak no eliminarán la impresión que ahora tiene la mayoría de la población norteamericana. Como he dicho anteriormente, los hechos no cambian las actitudes y eso es especialmente relevante cuando se incluyen los orgullos y reputaciones personales. Lo hemos visto antes, a principios de la guerra de Vietnam (1965-1967), el alto mando de los EE.UU. en Saigon se sentía incansablemente optimista en sus esfuerzos de adaptar cada informe dado a los medios de comunicación, refiriéndose a las conferencias de prensa cotidianas como "La locura de las cinco de la tarde". A esas alturas, las FF.AA. habían perdido credibilidad.

No obstante, la prensa reconoció al General Creighton Abrams el mérito del éxito logrado en su campaña de contrainsurgencia. En el año 1969, viajé por transporte público a un distrito a 15 millas al sur de Da Nang en la provincia de Quang Nam; hoy, ningún norteamericano se atreve a viajar en autobús en Irak. Las cuentas populares de la guerra en Vietnam, sin embargo, terminaron con la terrible estrategia del General William Westmoreland. La campaña de pacificación tenaz y exitosa de Abrams entre los años 1968 a 1970 se convirtió en un testamento a una conclusión inevitable presagiado por los periodistas que llegaron a ser partes de la historia. *The Best and the Brightest* de David Halberstam, *A Bright Shining Lie* de Neil Sheehan, las memorias de Robert S. McNamara que servían de auto-justificación a sus acciones y de otros relatos legendarios esencialmente terminaron con la ofensiva Tet en el año 1968. El resto de la guerra llegó a ser una nota al pie de la página periodística.

Lo mismo ocurrirá en Irak. Al leer las noticias de la prensa principal, uno se da cuenta que Irak se había quebrantado irreparablemente a fines del año 2006. El futuro sólo nos llevará a un descenso más profundo en una guerra civil cruenta y al caos. Este es el argumento bajo el cual los editores han

marcado sus reputaciones, y si la situación en Irak se calmara un poco y pudiera lograr el nivel de violencia que existe en el estado de California, pues aún así existiría un nivel de caos suficiente para seguir considerando el país un verdadero desastre. No habrá ningún fin en esta guerra en Irak que produzca que el partido democrático y el republicano, periodistas y políticos, reconozcan del mismo modo, que la guerra mejoró la seguridad nacional a largo plazo.

Dado que EE.UU. como país se ha desconectado de la guerra, ha dejado pendiente lo que esperan de sus soldados. A diferencia de Vietnam, la gran mayoría de ciudadanos respeta a los soldados individuales y a las FF.AA. como institución, aunque escondido detrás de este respeto existe más compasión para los soldados que sirven en Irak que orgullo o un sentido de compromiso o sacrificio compartido. No se acepta la resolución del problema en Irak como una responsabilidad nacional. La Casa Blanca y el alto mando militar desperdiciaron esta oportunidad al asumir una victoria rápida que no requirió exigir un compromiso del sector público en general.

Al quinto año de conflicto, la actitud prevaleciente de la población parece ser, "Pobres soldados, han estado fuera de casa por mucho tiempo y se arriesgan a ser asesinados o heridos." Muchos, incluyendo generales en retiro, se oponen a la misión en Irak, pero apoyan a las tropas que creen en el propósito de su misión. Esto crea una contradicción que se alivia al decir, en esencia, "Bueno, cumplan su misión, pero no tomen riesgos innecesarios."

Este contrato social tácito entre la población y los soldados ha cambiado, por lo menos temporalmente. Se espera que el soldado cumpla con su deber, obediencia y separación de su familia, pero a nivel público no se estima una obligación la valentía, es decir, el arriesgar la vida. Los medios de prensa agregan la valentía a los nombres de guerras pasadas—Murtha, Kerry y Webb—cuando existe una agenda política. Pero actos asombrosos de valentía en Irak reciben poca atención.

La guerra implica tomar el riesgo de morir para matar al enemigo. El precio de la valentía, es a su vez, sufrir bajas y el sector público así como también nuestras FF.AA. se han acostumbrado a un nivel de riesgo comparativamente bajo y a un escaso nivel bajas, a medida que infligen daños relativamente ligeros. Mantener estas expectativas públicas en contra de un futuro adversario sería desastroso.

Demostrar un coraje extraordinario como si fuera una virtud común, debe seguir siendo el lema de los voluntarios que sirven en las FF.AA. En los EE.UU., sin embargo, el mal genio acerca de las políticas en Irak ha disminuido los elogios a la valentía, por miedo a ser vistos como un respaldo de las políticas. Debemos reconocer públicamente el coraje si queremos que siga siendo un valor central de los EE.UU., así escribió el poeta W.H. Auden, "Enseñe al hombre libre a elogiar". El nuevo Secretario de Defensa tiene la oportunidad de cambiar la actitud colectiva del sector público al subrayar las acciones de los valientes soldados, la prensa entonces reconocerá lo que sucede.

La estrategia y presupuestos

Financiar las operaciones en Irak y Afganistán consume US$ 90 billones, a medida que los costos que van aumentando en forma continua en el sector de la educación y asistencia sanitaria, combinadas con las reparaciones de infraestructura que han sido ignoradas por mucho tiempo, exigen la atención de los legisladores. El presupuesto de Defensa es un concurso entre las instituciones armadas bajo un límite presupuestado demasiado bajo y que probablemente no subirá.

La manera en la cual las FF.AA. y el Secretario de Defensa llegan a un acuerdo presupuestario es un arte misterioso, pero se relaciona a la estrategia. Existen tres estrategias que compiten por los fondos. La primera es la del modelo de alta tecnología utilizado para los ataques a gran distancia, un ejemplo del cual es la campaña de bombardeo de 80 días en 1999 para infligir daños económicos y forzar a Serbia a replegar sus fuerzas de Kosovo. Esta estrategia tiene la marcada ventaja de no producir bajas (bajas cero) y de tener pocas botas en el terreno. Se concentra en "competidores casi iguales" (o sea China) y puede, por sí sola, consumir todo el presupuesto de defensa.

En segundo lugar, la Armada, infradotada en sus programas de construcción de buques, ha iniciado una campaña nacional ampliamente publicada (financiada por el dinero de donantes ricos a la Fundación de la Escuela Superior

de Guerra Naval) para establecer una nueva estrategia marítima. En la década de los 80, el Secretario de la Armada John Lehman reveló una estrategia marítima anti-soviética que el gobierno del Presidente Reagan aceptó, resultando en un notable aumento del presupuesto de la Armada. El esfuerzo actual producirá un documento bien planeado con un apoyo influyente.

La tercera estrategia implica una lucha a largo plazo contra extremistas islámicos, junto con tener un número suficiente de fuerzas y equipamiento de reserva, como contrapeso para las guerras terrestres que requerirían centenares de miles de soldados norteamericanos (p. ej., otra guerra en la península de Corea).

Las tres estrategias tienen una supuesta validez, y por lo tanto, los fondos serían distribuidos entre ellas. Las fuerzas terrestres para una guerra prolongada tendrán dificultades, puesto que la reacción emocional al embrollo de Irak complicará opiniones y financiación. Tras la caída de Saigon, el Congreso redujo los fondos para el Ejército y el Cuerpo de Infantería de Marina, llevando al entonces Secretario de Defensa James R. Schlesinger a declarar que las reducciones "eran profundas, radicales y arbitrarias". Luego, el Presidente Ford despidió a Schlesinger y se mantuvieron las reducciones en medio de un ambiente de hastío que duró por varios años.

Dado un presupuesto de Defensa que avanza hacia un choque inevitable, hay que tomar decisiones estratégicas. La aversión política hacia Irak afectará profundamente la financiación a largo plazo de las fuerzas terrestres del Ejército y el Cuerpo de Infantería de Marina, a menos que exista el liderazgo enérgico y respetado que exprese una estrategia coherente. El Ejército y el Cuerpo de Infantería de Marina deben seguir el modelo de la Armada y no presentar distintos rollos publicitarios que se basan en sistemas de armas. Las fuerzas terrestres necesitan un general—por ejemplo, el General Casey o el General Petraeus, pero pueden existir otros—que tengan la visión de reconocer errores, que incorporen las lecciones de Irak y avancen más allá de este país asediado.

Resumen

Existen cuatro lecciones claras que provienen de Irak. En primer lugar, los líderes militares superiores en Irak deben expresar expectativas comunes acerca del comportamiento agresivo en las misiones por la duración de esta guerra políticamente divisiva. En segundo lugar, debemos evaluar nuestro rendimiento militar con franqueza, y no imitar a los políticos que rehúsan reconocer los errores—nadie logra el éxito en la vida, en la guerra o en un partido de fútbol sin cometer una serie de errores. Irak es una guerra policíaca y los sistemas norteamericanos e iraquíes no identifican, no detienen ni encarcelan a los niveles que tal vez pueden acortar o aún ganar la guerra. El hecho que estos errores—reconocidos a través de la cadena de mando—continúan sin corregirse, año tras año empañan las reputaciones de nuestros generales. En tercer lugar, se debe restaurar el contrato social entre los soldados y la población de los EE.UU. El nuevo Secretario de Defensa debe reforzar sus esfuerzos para reafirmar la virtud del coraje y urgir a los medios de prensa y al Congreso hacer lo mismo. El coraje, según Aristóteles, es la virtud que hace posible todas las otras virtudes. Como nación, hemos olvidado esto.

La cuarta lección enfatiza la competencia por los recursos de Defensa será feroz y que para disminuir las reducciones presupuestarias que normalmente ocurren después de una guerra impopular, un general digno de crédito debe expresar una estrategia convincente para las fuerzas terrestres.***MR***

NOTAS

1. Thom Shanker, "U.S. General Discusses Goals of His Return to Irak", *New York Times*, 20 de noviembre de 2006.
2. "Armed Services Committee Confirmation Hearing for Defense-Secretary Nominee Robert Gates", 5 de diciembre de 2006. En el acto, el Presidente del Comité de las Instituciones Armadas, el Senador John Warner, dijo que el General Peter Pace les había dicho a miembros del comité en un almuerzo privado que "no ganamos, sino no perdimos la guerra [en Irak]."
3. El General de División William Caldwell, "Iraq Operational Update Briefing", Fuerza Multinacional-Irak, Bagdad, Irak, 5 de diciembre de 2006.
4. Kirk Semple, "Captain´s Goal: Bring Her Soldiers Home", *New York Times*, 19 de noviembre de 2006.
5. Will Weissert, "U.S. Troops in Insurgent Stronghold Welcome Plans for Change", *New York Times*, 6 de diciembre de 2006, en la Internet en <http://www.boston.com/news/local/connecticut/articles/2006/12/06/us_troops_in_insurgent_stronghold_welcome_plans_for_change/?rss_id=Boston.com+%2F+News>.
6. David S. Cloud y Eric Schmitt, "More Retired Generals Call for Rumsfeld´s Resignation¨, *New York Times*, 14 de abril de 2006.
7. El General John Abizaid en su declaración ante el Comité de las Instituciones Armadas del Senado, 15 de noviembre de 2006.
8. La Conferencia de Prensa en la Casa Blanca con el Presidente George Bush y Primer Ministro de Gran Bretaña Tony Blair, 7 de diciembre de 2006.